

1. «COSAS PEQUEÑAS» Y «VÍA DE INFANCIA»

Hablar de «cosas pequeñas» significa aquí aceptar una expresión de la teología espiritual que –ya de entrada– nos sitúa en el contexto del «camino de infancia». En la historia de la espiritualidad del presente siglo, el «camino de infancia» ha adquirido gran prestigio desde que fue magisterialmente canonizado por la elevación a los altares de Santa Teresa del Niño Jesús. Resultaría superfluo advertir que esta «vía de infancia espiritual» no constituye una novedad desconocida anteriormente: todo lo contrario, como alimento evangélico, ha nutrido la vida de entrega de los hombres y mujeres de Dios a lo largo de los siglos. Ahora bien, como expresión de relevancia característica, el «camino de infancia» y –en su trayecto– las «cosas pequeñas» han venido a tener una significación propia y ya muy bien conocida.

Esta primera referencia no resulta inútil, si se pretende evitar el riesgo de ver en las «cosas pequeñas» un afán de detallismo, peculiar de gentes de élite¹ y poco compartido por quienes buscan un alimento común a toda la Iglesia. Queda de este modo claro que a lo largo de los siglos los hombres espirituales han sabido y recordado como principio importante aquellas palabras de la Escritura, de las que S. Josemaría Escrivá de Balaguer decía que eran una fórmula evangélica de canonización: *Euge serve bone et fidelis, quia in pauca fuisti fidelis supra multa te constituam: intra in gaudium Domini tui* (Mat 25, 21).

1. Por lo demás, la misma magnitud que los detalles son capaces de expresar ha sido captada por almas grandes como por ejemplo R. TAGORE: «A mis amados –dice– les dejo las cosas pequeñas; las cosas grandes son para todos». En *Pájaros perdidos*, n. 178 y pasim. Cfr. *Obra escogida* preparada por Juan Ramón Jiménez, ed. Aguilar, Madrid 1958.

Infancia espiritual significa humildad de corazón vivida con radicalidad, penitencia interior y exterior que añora sinceramente la inocencia ingenua recibida en el Bautismo, amor tierno y filial a Dios Padre, abandono en sus manos, amistad llena de admiración a la entrega total de Jesús y, en consecuencia, amor humilde y generoso –amor con obras– a los hermanos que han sido redimidos con la misma Sangre de Cristo, búsqueda amorosa del cumplimiento de la voluntad de Dios, convencimiento de que la Providencia sobrenatural está presente en todos los detalles y de que el Espíritu de Dios está siempre en nuestra alma dando tono sobrenatural a todas las acciones de la jornada. Todo sin excepción se convierte en un encuentro de Amor.

La vida de los hombres tiene una hondura y unas dimensiones insospechadas: bien se comprende, si se piensa en la vocación sobrenatural con que cada uno es llamado. Pero también es verdad patente que la mayor parte de los días del hombre se componen de mil *pequeñeces* que hay que vivir con naturalidad, y puesto que el amor humano se expresa no sólo en las grandes acciones sino sobre todo y con máxima frecuencia en *pequeñeces*, en detalles y en expresiones sencillas que traducen la entrega de todo el ser, resulta que todas las manifestaciones de amor –por ser de amor– cobran un valor que les viene dado de su raíz mas honda.

Cabe también señalar que en el momento presente, cuando en la comprensión del valor moral de las acciones se está subrayando la gran importancia del elemento subjetivo –es decir, de la persona a partir de su opción fundamental–, el valor de las «cosas pequeñas» debe ser contemplado con luz nueva. Ellas cobran relevancia por la opción que manifiestan y confirman con vigor singular.

2. INFANCIA ESPIRITUAL Y FILIACIÓN DIVINA

Puede decirse que la sustancia del camino de infancia espiritual constituye uno de los perfiles más amables de la espiritualidad del Opus Dei. San Josemaría ha percibido muy pronto en su característica historia interior el valor divino que se muestra en manifestaciones aparentemente de poco relieve. «Acuden a mi pensamiento tantas manifestaciones del Amor de Dios en aquellos años de mi adolescencia, cuando barruntaba que el Señor quería algo de mí, algo que no sabía lo que era. Sucesos y detalles ordinarios, aparentemente inocentes, de los que Él se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy

bien aquel amor tan humano y tan divino de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de ese estilo, que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión y a la penitencia»².

No es cuestión de formas, sino de vivir con radicalidad la filiación divina que es el principio y fundamento del espíritu de la Obra. «Procura conocer la “vía de infancia espiritual”, sin “forzarte” a seguir ese camino.– Deja obrar al Espíritu Santo (Camino, 852). Ello no quiere decir que la “vía de infancia” sea un camino opcional, que se puede tomar o dejar según la personal inclinación. Simplemente se trata de subrayar que el afán por entrar en ese camino debe ir regido por una verdadera humildad de corazón y que, por tanto, se ha de iniciar, recorrer y concluir de la mano de Dios. De otro modo, es imposible: se incurrirá en el riesgo de una ridícula teatralidad. Por lo demás, la “vía de infancia” contribuye a configurar el perfil de un auténtico apóstol: «Ser pequeño: Las grandes audacias son siempre de los niños. – ¿Quién pide... la luna? – ¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo?–. Poned en un niño “así”, mucha gracia de Dios, el deseo de cumplir su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere» (Camino, 857).

3. COSAS PEQUEÑAS Y SANTIFICACIÓN DE LO ORDINARIO

En este contexto aparecen como en su lugar propio las «cosas pequeñas»: «Has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas» (Camino, 816). «La santidad “grande” está en cumplir los “deberes pequeños” de cada instante» (Camino, 817). «Las almas grandes tienen muy en cuenta las cosas pequeñas» (Camino, 818). «No te apures, si te enfadas, cuando haces esas pequeñas cosas que Él te pide. – Ya llegarás a sonreír... – ¿No ves con qué mala gana da el niño sencillo a su padre, que le prueba, la golosina que tenía en sus manos? – Pero se la da: ha vencido el amor» (Camino, 881).

No se trata por tanto de cicatería, ni de manía neurasténica, ni de emplearse en un esfuerzo «estresante» que encorsete el corazón y entor-

2. Cfr. Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid 1976, 56.

pezca la iniciativa. Precisamente el cuidado de las cosas pequeñas supone ilusión y cuando se aplica, por ejemplo, a la tarea profesional que es parte integrante de nuestra llamada confiere un sentido moderno y atractivo que contribuye al prestigio del que trabaja. Es bien sabido que el progreso se manifiesta tantas veces en cosas bien terminadas. Por eso hay que evitar la tentación del perfeccionismo que se afana por el ansia de mera belleza humana en la presentación de los trabajos o por obtener el beneplácito de la opinión de los contempladores.

San Josemaría Escrivá subrayaba con gran vigor el valor de lo pequeño, lo ordinario y lo vulgar como vía ordinaria –la mejor de las vías– para encontrar a Cristo: «No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver –a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares– su noble y original sentido. (...) Se comprende, hijos, que el Apóstol pudiera escribir: *todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo y Cristo es de Dios* (1 Cor 3, 22-23). Se trata de un movimiento ascendente que el Espíritu Santo, difundido en nuestros corazones, quiere provocar en el mundo: desde la tierra, hasta la gloria del Señor. Y para que quedara claro que – en ese movimiento– se incluía aun lo que parece más prosaico, San Pablo escribió también: *ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Cor 10, 31). –Esta doctrina de la Sagrada Escritura, que se encuentra –como sabéis– en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei, os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres, poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra. (...) Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebose de la transcendencia de Dios»³.

De aquí, que las primeras cosas pequeñas que deben ser cuidadas son aquellas que se refieren al cumplimiento de las normas del plan de vida o que contribuyen al amoroso y fiel cumplimiento de cuanto exige el *mandatum novum*. «¿No has visto en qué “pequeñeces” está el amor humano? –Pues también en “pequeñeces” está el Amor divino» (Camino, 824).

Pero vivir las cosas pequeñas con espíritu de hijos de Dios, *quasi modo geniti infantes* (1 Pet 2, 2), requiere higiene mental y buen sen-

3. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar al mundo apasionadamente*, Homilía pronunciada en el «campus» de la Universidad de Navarra el 8-X-1967, en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968, nn. 115-116.

tido común. Para ser niño delante de Dios –se ha dicho siempre– hay que ser varón sensato delante de los hombres: «La infancia espiritual no es memez espiritual, ni “blandenguería”: es camino cuerdo y recio que, por su difícil facilidad, el alma ha de comenzar y seguir llevada de la mano de Dios» (Camino, 855). Requiere asimismo docilidad: «La infancia espiritual exige la sumisión del entendimiento, más difícil que la sumisión de la voluntad. – Para sujetar el entendimiento se precisa, además de la gracia de Dios, un continuo ejercicio de la voluntad, que niega, como niega a la carne, una y otra vez y siempre, dándose, por consecuencia, la paradoja de que quien sigue el “Caminito de infancia”, para hacerse niño, necesita robustecer y virilizar su voluntad» (Camino, 856). «Niño, el abandono exige docilidad» (Camino, 871).

Ya se ha dicho que lo primero de todo son las normas del plan de vida espiritual, es decir, el cuidado de las cosas de Dios, la presencia de Dios durante el día. En el centro de nuestra alma está el Espíritu Santo, deseoso de que nosotros escuchemos su voz y de que seamos diligentes para captar sus delicadas mociones con ánimo vigilante. La vigilancia es, por tanto, una principal actitud de amor. La vigilancia se traduce en sensibilidad, en tener piel fina que necesita valorar no sólo los grandes golpes de la gracia, sino también las insinuaciones, sugerencias y silencios significativos que proceden de la gran presencia del Espíritu de Dios en nosotros. Como dice muy bien un autor de nuestros días: «Vigilar es sobre todo amar. Puede haber dificultades para que nuestro amor se mantenga despierto: el egoísmo, la falta de mortificación y de templanza, amenazan siempre la llama que el Señor enciende una y otra vez en nuestro corazón. Por eso es preciso avivarla siempre, sacudir la rutina, luchar. San Pablo compara esta vigilia a la guardia que hace el soldado bien armado que no se deja sorprender (1 Cor 16)»⁴.

4. PUREZA Y HUMILDAD

Particular importancia tiene el cuidado de las cosas pequeñas para la guarda de la santa pureza y para la custodia del corazón: «La santa pureza: ¡humildad de la carne! Señor –le pedías–, siete cerrojos para mi corazón. Y te aconsejé que le pidieses siete cerrojos para tu corazón y, también, ochenta años de gravedad para tu juventud... – Además vigi-

4. F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *Hablar con Dios. Meditaciones para cada día del año, I, Adviento. Navidad. Epifanía*, Madrid 1986, 154.

la..., porque antes se apaga una centella que un incendio; huye..., porque aquí es una vil cobardía ser “valiente”; no andes con los ojos despararramados..., porque eso no indica ánimo despierto, sino insidia de sata-nás. – Pero toda esta diligencia humana, con la mortificación, el cilicio, la disciplina y el ayuno, ¡qué poco valen si Ti, Dios mío!» (Surco, 834). «Ha sido dura la experiencia: no olvides la lección. – Tus grandes cobardías de ahora son –está claro– paralelas a tus pequeñas cobardías diarias. – “No has podido” vencer en lo grande, “porque no quisiste” vencer en las cosas pequeñas» (Camino, 828).

Hay que esforzarse en lo pequeño que es lo que ajusta mejor a nuestra medida. «Todo aquello en lo que intervenimos los pobrecitos hombres –hasta la santidad– es un tejido de pequeñas menudencias, que – según la rectitud de intención– pueden formar un tapiz espléndido de heroísmo o de bajeza, de virtudes o de pecados. – Las gestas relatan siempre aventuras gigantescas, pero mezcladas con detalles case-ros del héroe. – Ojalá tengas siempre en mucho –¡línea recta!– las cosas pequeñas» (Camino, 826).

Siempre que despreciamos la lucha en lo pequeño hay escondida en el alma una raíz de soberbia que nos impulsa a considerarnos personas de relieve. Como Naamán el Sirio pensamos –por ejemplo– que las indicaciones recibidas en la dirección espiritual son consejos de poca monta, cuya puesta en práctica apenas tiene importancia. Así acaba anidando en el alma una tibieza que impide caminar con decisión. Se paraliza el ejercicio de las virtudes y comienzan a parecer irrealizables los más pequeños esfuerzos: escribir una ficha, realizar una llamada telefónica, redactar una breve carta exigida por el agradecimiento o la cortesía, guardar silencio para escuchar a los demás, conservar el orden en el cajón de la mesa de trabajo o en el armario, perdonar un descuido que se ha tenido con nosotros, vivir el orden en la distribución del tiempo, hacer «hoy y ahora» lo que tengo que hacer. «La persona tibia piensa que, aunque el Señor le pide que extienda su mano, ella *no puede*. Y, como consecuencia, no la extiende... y no se cura. Por el contrario, el amor hace que los pequeños actos de virtud que realizamos desde la mañana hasta la noche tengan una eficacia sobrenatural enorme: forjan las virtudes, liman los defectos y encienden en deseos de santidad»⁵.

5. F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *IV Tiempo ordinario (2). Semanas XIII a XXIII*, Madrid 1989, p. 756.

5. EFICACIA DE LAS «COSAS PEQUEÑAS»

En medio de aquel campo que trabajaban monjes del medievo había una vieja fuente escondida en una pequeña espesura que se recostaba sobre un talud. El agua escasa pero fresca del pequeño manantial, que no cesaba tampoco en el estío, iba a filtrarse por el fondo de la piedra. Todavía se leía la escritura borrosa: «non multae effoderunt lapidem, sed una semper gutta cadendo»: «... así –comenta Carvajal– las buenas obras repetidas crean el buen hábito, la virtud sólida, y la conservan y aumentan. La caridad se afianza en actos que parecen de poco relieve: poner buena cara, sonreír, crear un clima amable a nuestro alrededor aunque estemos cansados, evitar esa palabra que puede molestar, no impacientarnos en medio del tráfico de la gran ciudad, ayudar a un compañero que aquel día va un poco más retrasado en su trabajo, prestar unos apuntes a quien estuvo enfermo...»⁶.

En definitiva, la santidad no consiste en hacer cosas cada vez más difíciles, en una eficacia laboral cada vez mayor, en una prudencia cada vez más admirable, en una doctrina cada vez más elevada, ni siquiera en unos defectos cada vez más insignificantes desde el punto de vista exterior. «Se mejora si, con la ayuda del Señor, se lucha en lo poco: en levantarse a la hora prevista y no más tarde; en el cuidado del orden en la ropa, en los libros; si se busca servir, sin que apenas se note, a quienes conviven con nosotros; si procuramos pensar menos en la propia salud, en las preocupaciones personales; si sabemos elegir bien un programa de televisión o apagarla si resulta inconveniente... Él continuamente nos dice: extiende tu mano, haz esos pequeños esfuerzos que te sugiere el Espíritu Santo en tu alma y los que te aconsejan en la dirección espiritual para superar esa incapacidad, a pesar de haber fracasado en otras ocasiones»⁷.

En fin, si lo que importa es perseverar, si el secreto de la perseverancia es el amor –«Enamórate y no “le” dejarás» (cfr. Camino, 999)–, el consejo adquiere un sentido muy fuerte: «Hacedlo todo por Amor.- Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo» (Camino, 813).

6. *Ibidem*.

7. *Ibidem*, p. 757.

BIBLIOGRAFÍA:

- J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *La grandeza de la vida corriente*, en ID., *Amigos de Dios. Homilias*, décima edición, Madrid 1985, 29-53; J.L. ILLANES, *Trabajar y trabajar bien*, en ID., *La santificación del trabajo*, Séptima edición, Madrid 1980, 94-105; J.L. SORIA, *Los siete cerrojos*, en ID., *Amar y vivir la castidad*, Madrid 1976, 121-126; F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *El amor y las «cosas pequeñas»*, en ID., *La tibieza*, Sexta edición, Madrid 1986, 55-67.